

pensamiento: proporcionánse nuevos medios de subsistencia: multiplican hasta lo infinito las comodidades de todas clases, y pónenselas al alcance aun del mas pobre. La mente se remonta entonces á regiones mas elevadas que las de los sentidos, y las artes aplicadas cumplen todos los caprichos de un gusto refinado, y satisfacen á cuanto exige la mas alta cultura social.

Este mismo espíritu emprendedor aplicado á la agricultura, la saca de la humilde condicion de un trabajo mecánico, y sustituye á las áridas fórmulas de la rutina, los ilustrados preceptos de la ciencia. El análisis químico al descubrir al hombre la composición de la tierra, de da á conocer el valor del suelo que cultiva, y dominando todos los elementos, los aprovecha todos para obligar á aquel á multiplicar y mejorar sus producciones. Causa placer volver la vista al otro continente, y ver en él á nuestros padres realizando en una escala amplísima estos principios y llegando á resultados que nunca habia presenciado el mundo.

Con no menor razon podemos considerar á la raza anglosajona de ambos hemisferios, como aquella cuyo genio emprendedor ha contribuido mas poderosamente al bienestar de la humanidad, aplicando las ciencias á las artes útiles.

La mayor parte de las tribus salvajes de Norte-América han profesado la labranza. En los claros de

los bosques, en las cañadas, á la orilla de los rios, donde quiera que habia un palmo de tierra que aprovechar, sembraban habas y maíz.¹ Los productos de este cultivo eran sumamente escasos, y no bastaban para libertar á los imprevisivos indígenas de los frecuentes estragos del hambre. Pero con todo, la simple circunstancia de labrar la tierra donde quiera que era posible, los distingue ventajosamente con las otras tribus que vivian de la caza, y los eleva un grado mas en la escala de los pueblos civilizados.

La agricultura estaba en México tan adelantada como las otras artes sociales, y aun hay pocos países en que haya sido mas respetada que allí. Estaba por supuesto en íntimo enlace con la religion y las instituciones civiles: tenia sus deidades tutelares, y los nombres de los meses y de las fiestas se referian mas ó menos á ella. Las contribuciones gravitaban en gran parte, como ya lo hemos dicho, sobre los productos agrícolas. Todos, aun los habitantes de las grandes ciudades, si se exceptúa á los soldados y á los primeros nobles, cultivaban el suelo. Los duros trabajos de la labranza estaban reservados á los hombres, porque las mujeres solo desempeñaban los menos penosos, tales como derramar las cimientos,

¹ Este último grano, segun Humboldt, lo encontraron los europeos en el Nuevo Mundo, desde la parte meridional de Chile hasta Pensilvania. (Essay Politique, t. II, p. 408.) Bien pudiera haber añadido hasta el rio de San Lorenzo. Nuestros antepasados los puritanos la encontraron en todos los puntos de la costa de la Nueva

limpiar los granos, etc.¹ En esto ofrecían un honroso contraste con las otras tribus del continente, las cuales como sucede hoy en el Norte, hacían caer sobre el sexo débil las mas pesadas cargas de la agricultura; ² pero entre los aztecas por el contrario, ese suceso era bajo este respecto tan mirado como lo es hoy en los mas países de Europa.

No necesitaban de grandes conocimientos para elegir los terrenos, porque cuando una tierra se habia vuelto estéril, la dejaban erial por algun tiempo, para que recobrase su fertilidad. La extrema sequedad se disminuía por medio de canales que atravesaban parcialmente el país, llenándose este mismo objeto con las penas severas impuestas á los que destruían los bosques, que como ya lo hemos dicho en otra parte, lo poblaban antes de la conquista. Finalmente, construían para guardar sus cosechas, amplios graneros cuya admirable disposicion confe-

Inglaterra. V. Morton, *New-England's Memorial* (Boston, 1826) p. 68. Gookin, *Massachusetts Historical Collections*, cap. 3.

1 Torquemada, op. cit. lib. 13, cap. 31.

¡Admirable ejemplo para nuestros tiempos, exclama el padre, en que las mujeres no solo son inhábiles para las labores del campo, sino que les cuesta trabajo atender á la hacienda de la casa!

2 Otro contraste evidente respecto á los egipcios, con los cuales han pretendido algunos anticuarios identificar á los mexicanos. Sófocles habla del afeminamiento de los hombres de Egipto donde acostumbraban quedarse en la casa ocupados en tejer, mientras las mujeres se entregaban fuera de ella á otros varios oficios propios de aquellos. (Sophoc. *Ædip. Col.* v. 337, 341.)

saban los conquistadores. En todo esto se descubre la prevision del hombre ya civilizado.¹

Entre los principales productos agrícolas estaba el plátano, cuyo fácil cultivo y exuberantes frutos son tan contrarios á la actividad y adelantos de la industria² Otra planta muy celebrada era el cacao, con el cual se hace la bebida llamada *chocolate*, de la palabra mexicana *chocolatl*, tan usado hoy en toda Europa,³ La vainilla confinada á las estrechas regiones de la costa oriental, les servía como á nosotros, para condimentar sus comidas y bebidas⁴ Pero el producto agrícola de mas importancia no solo en México, sino en todo el continente, era el maíz (ó grano de Indios como nosotros le llamamos) el cual se da muy bien en los valles y en las alturas de las Cordilleras que forman la mesa central. Dos az-

1 Torquemada. op. cit. lib. 3 cap. 32. Clavijero, op. cit. t. II. p. 53, 155.

«Jamás padecieron hambre, dice el primero de estos escritores, sino en pocas ocasiones.» Si estas hambres eran raras, eran tambien asoladoras y de larga duracion. Véase Ixtlixochitl, *Hist. Chich. M.* S. cap. 41, 71 et alibi.

2 Oviedo piensa que la musa fué una planta traída, y Hernandez no la mienta para nada en su copioso catálogo; pero Humboldt que le prestó particular cuidado, cree que si algunas especies fueron traídas, otras eran indígenas. *Essai Politique*, t. II, p. 282, 388. ¡Si hubiéramos de creer á Clavijero, el plátano fué el fruto prohibido que hizo pecar á nuestra madre Eva! *Stor. del Messico*, t. I. p. 49, nota.

3 *Realt. d'un gent. huom en Romussio*, t. III. fol. 306. Hernandez, de *Historia Plantarum Novæ Hispaniæ* [Matriti, 1790], lib. VI cap. 87.

4 Sahagun, op. cit. lib. 8. cap. 13 et alibi.

tecas lo preparaban perfectamente, y lo aplicaban á tantos usos, como la mas hacendosa mujer de la Nueva Inglaterra. Sus cañas gigantesas contienen una materia sacarina, no muy abundante, en el que se da en la parte septentrional del país, con la cual se suplía muy bien la azúcar de caña introducida allí hasta despues de la conquista.¹ Pero la maravilla de la naturaleza era el maguey, cuyas imbricadas pirámides de flores sobresaliendo de entre una espinosa corona formada por las hojas, se veían donde quiera que habia un palmo de tierra plana. Como ya hemos dicho, esas hojas servían para la fabricacion del papel:² con su zumo se hacia una bebida fermentada llamada *pulque*,³ de la cual gustan mucho aun hoy los naturales: con las hojas se fabricaba un tejido impene-

1 Carta del Lic. Zuazo, M. S.

Afirma que la miel del maíz es igual al de la abeja. Véase tambien á Oviedo, Historia natural de las Indias, cap. 49 apud Barcia, t. 1.º) Hernandez que celebra las numerosas preparaciones de que es susceptible el maíz, deriva esta palabra de la haitiana mahiz. Hist. Plantarum, lib. VI, cap. 42, 45.

2 Y así se practica todavía, á lo menos en un lugar, San Angel, á tres leguas de la capital. Otra fábrica de la misma clase se iba á establecer hace pocos años en Puebla: ignoro si se ha llegado á plantear. Véase el informe dado al senado de los Estados-Unidos por la comision de Agricultura, en 12 de Marzo de 1838.

3 Antes de la revolucion, los impuestos sobre el pulque formaban una parte tan importante de las rentas públicas, que solo los distritos de México, Toluca y Puebla, pagaban 817.739 ps. [Humboldt, Essai politiq. t. II, pág. 47.] Los europeos necesitan algun tiempo para tomar el gusto á esta bebida, y por consiguiente sus opiniones acerca de ella, varían; pero entre los naturales es unánime. El lector encontrará noticias completas sobre su preparacion en el «México de Ward, vol. II, p. 55, 60.

trable que servia para los vestidos ordinarios: de sus fibras rígidas y torcidas se sacaba un hilo con el cual se hacían sogas, cuerdas y estofas muy tupidas: con las espinas en que rematan las hojas, formaban agujas y alfileres; y la raíz cocida se usaba como un alimento grato y nutritivo. El maguey era en suma, para los mexicanos, alimento, bebida, vestido y material para escribir. ¡Seguramente jamas ha reunido la naturaleza en un objeto tan pequeño tantos elementos con que satisfacer lo que exigen la necesidad, la comodidad y la civilizacion!¹

Habria sido sin duda fuera de propósito enume-

1 Hernandez enumera en su sábia obra ya citada, (lib. VII, cap. 71 et saquet.) las varias especies de maguey que sirven para estos numerosos usos. Humboldt la reputa á todas ellas como variedades del agave americana que cree tambien en las regiones del mediodia de los Estados-Unidos y de Europa. (Ubi supra, t. II, p. 487 et saq.) Esta opinion ha merecido la agría censura de nuestro difunto compatriota el Dr. Perrine, que las juzga especies distintas del agave americana, y que considera uno de sus géneros, el género pita, del cual se sacan las sogas, como enteramente diversas de los otros. (Véase el informe de la comision de agricultura.) A pesar de esto, las opiniones del Baron acerca de las propiedades que atribuye al maguey, están mas ó menos corroboradas por los mas acreditados escritores que han vivido en México algun tiempo. Véase entre otros á Hernandez, Ubi supra, á Sahagun, Hist. de Nuev. Esp. lib. 9, cap. 2. lib. 11, cap. 7. Toribio, Historia de los indios, M. S. parte 3.ª, cap. 19; Carta del Lic. Zuazo, M. S. Este último, hablando del maguey que produce la bebida fermentada, dice expresamente: «de lo que queda de las dichas hojas se aprovechá como lino muy delgado, ó de Holanda, de que hacen lienzos muy primorosos para vestir, y bien delgados.» No se puede negar, sin embargo, que el Dr. Perrine parece que conocía perfectamente la estructura y propiedades de las plantas de los trópicos, que con tan patriótico empeño propuso fueran introducidas en la Florida.

rar aquí todas las plantas, muchas de ellas medicinales, que se han introducido en Europa procedentes de México: aun menos pretenderé dar aquí el catálogo de sus flores, que con sus variados y vistosos matices, forman hoy el ornato de nuestros jardines: la diversidad de climas que encierra en su estrecha zona, le ha dado el privilegio de poseer acaso la *flora* mas rica del mundo. Basta decir que estos diferentes objetos estaban sistemáticamente clasificados por los aztecas, que además conocian perfectamente sus propiedades y los cultivaban en planteles mas vastos y completos que ninguno de los que entonces existian en el antiguo mundo; y aun no es inverosímil que la idea de los jardines de plantas de allí, la hayan tomado los europeos, pues que no comenzaron á estar en uso en Europa sino poco tiempo despues de la conquista.¹

Los mexicanos conocian las riquezas de su reino mineral con la misma perfección que las del vegetal: la plata, el plomo y el estaño lo extraian de los minerales de Tasco, y el cobre del de Zacatollan; mas no lo sacaban de la superficie de la tierra, sino de los veneros ocultos entre las sólidas rocas, en las cuales abrian extensas galerías, tanto que los restos de sus labores sirvieron de la mejor guía á los

¹ Segun Carli (*Lettres americaines*, t. I, chap. 21) el primer establecimiento bien arreglado de este género que hubo en Europa, fué en Padua, en 1545.

primeros mineros españoles. El oro recogido en la superficie ó en el lecho de los rios, y dispuesto en barras ó en polvo, hacia parte de los tributos que pagaban las provincias meridionales al imperio. Desconocian sin embargo el uso del hierro, tan abundante en su suelo: este metal, á pesar de esa abundancia, necesita para prepararlos tantos y tan difíciles procedimientos, que es uno de los que mas tarda el hombre en utilizar: sucede en realidad de verdad lo que en la fábula, que la edad de hierro se sigue á la de bronce.¹

Los aztecas lo suplieron no obstante con una liga de estaño y cobre; y por medio de instrumentos hechos de este bronce, y con el auxilio de cierto polvo silicoso, no solo labraban los metales, sino aun las sustancias mas duras, como el basalto, el pórfido, las ametistas y esmeraldas,² principalmente estas

¹ Pedro Mártir, de Orbe Novo, *Decades*. (Complutí, 1530) dec. V, pág. 191. Acosta, lib. 4, cap. 3. Humboldt, *Essai Politiq.* t. III, pp. 114, 125. Torquemada, op. cit., lib. 13, cap. 34.

Los hombres, dice Hesiodo, trabajaron el bronce cuando no existia el hierro.

El abate Raynal sostiene que los mexicanos deben haber estado muy atrasados en civilizacion, puesto que no conocian el hierro, porque sin él no pueden haber trabajado ninguna cosa de metal digna de verse, ni de arquitectura, ni de grabado, ni de escultura. (*History of Indies*, Eng. traslat. vol. III. b. 6.) Los antiguos egipcios no conocian tampoco el hierro, ó si lo conocian lo usaban poco. Sus soberbios monumentos han sido contruidos con instrumentos de bronce, y de esto mismo eran sus utensilios domésticos y sus armas: tal aparece del color verde que tienen en sus pinturas.

² Gama, *descrip.* parte 2ª, págs. 25, 29. Torquemada, *Monarq. Ind.* Ubi supra.

últimas, que eran muy abundantes, y á las cuales tallaban curiosamente dándoles mil formas caprichosas. Fabricaban igualmente vasos de oro y plata delicadamente esculpidos con sus cincelos metálicos; siendo alguno de esos vasos tan grande, que un hombre no bastaba á abarcarlo con sus brazos: imitaban primorosamente los pájaros y figuras de los animales; y cosa mas rara, ligaban los metales de manera que las plumas de las aves y las escamas de los peces eran alternativamente de oro y plata. Los plateros españoles no pudieron menos de confesar que los aztecas les aventajaban en estas curiosas manufacturas.

Usaban tambien de otros instrumentos hechos de *itzi* ó obsidiana, sustancia mineral trasparente y excesivamente dura, que se encontraba abundantemente en sus montañas: le daban la forma de cuchillos, navajas y sierras: con ella labraban las varias piedras y alabastros que empleaban en la construcción de sus edificios públicos y de las casas principales. En el curso de mi narracion daré sobre

1 Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 9, caps. 15, 17. Boturini, Idea, pág. 77. Torquemada, op. cit., loco citato.

Herrera, que dice que tambien sabian esmaltar, pondera la habilidad de los plateros mexicanos para hacer pájaros y animales con alas y miembros que se movian de la manera mas curiosa. (Hist. General, Decad. 2, cap. 15.) Sir John Maundeville, espantado como de costumbre de las maravillas que él mismo forja, cuenta el gran prodigio de que hay en la corte del gran Chan de Cathay varias piezas de este mismo mecanismo. (Véase Voyage and Travail, chap. 20.)

unos y otras, noticias mas circunstanciadas; y por ahora me contentaré con añadir, que la fachada y los ángulos de los edificios estaban profusamente adornados con imágenes; á veces representativas de sus deidades, y lo mas comunmente de animales.¹ Estas últimas estaban ejecutadas con exactitud; pero las primeras "eran, dice Torquemada, el horroroso reflejo de sus almas, y solo despues de convertidos al cristianismo fueron capaces de imitar la verdadera figura de un hombre."² Los hechos del antiguo cronista son bien fundados, cualquiera que sea por otra parte la explicacion. Las imágenes alegóricas de sus dioses deben indudablemente haber servido de modelo al artista azteca, al delinear sus figuras humanas, que deben haber tenido para él una belleza imaginaria por representar á una divinidad. Pero cuando la supersticion comenzó á perder su dominio, se mejoró el gusto; así es que despues de la conquista los mexicanos hicieron algunos retratos acabados y aun hermosos.

Las imágenes esculpidas eran tan numerosas, que los cimientos de la Catedral en la plaza mayor de México, se dice que fueron enteramente compuestos

1 Herrera, ubi supra, dec. 2, lib. 7, cap. 11. Torquemada, op. citata, lib. 13, cap. 34. Gama, descripción parte 2ª, págs. 27, 28.

2. «Parecia que permitia Dios que la figura de sus cuerpos se asimilasen á la que tenian sus almas, por el pecado en que siempre permanecian.» Monarquía Indiana, lib. 13, cap. 34.